

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID		Pesetas
Mes.....	1	
Trimestre.....	2,50	
Semestre.....	5	
Año.....	10	
PROVINCIAS		
Tres meses.....	5	
Sem.	5,50	
Año.....	10	
Extranjero y Ultramar..	8 pesos	
CORRESPONSALES		
25 números de EL MOTÍN.	2,50	
NÚMERO DE EL MOTÍN		15 céntimos.

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán al al por mayor ni al por menor. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

ÚLTIMA CARTA

Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Muy Sr. mío: Triste es indudablemente vivir alejado de la patria, aun cuando se resida en París, se posea una buena renta, se tengan valiosas relaciones, y se vea halagado constantemente el orgullo con las adhesiones de un partido fiel y consecuente. No hay comodidades ni satisfacciones que compensen la ausencia del suelo que nos vio nacer.

Pero hay algo más triste que eso: estar emigrado en la propia patria, ser extranjero en España. Y en tal caso se encuentran muchos republicanos adictos á usted.

La patria no se circunscribe al suelo, al lenguaje, ni al sol; la patria la forma todo eso, y además, y en primer término, la comunidad de ideas, de sensaciones, de sentimientos con los que vieron la luz en el mismo pedazo de tierra; el participar de sus glorias, el gozar con sus alegrías, el sufrir con sus penas; el cambio mutuo de todo lo que se relaciona con la vida del espíritu y la de la materia.

¿Están los republicanos en ese caso desde la restauración? No; los republicanos forman como una casta aparte, excluida, sino de todos los derechos hoy, de toda intervención directa en la vida pública; desatendidos en sus pretensiones más equitativas; vejados en sus personas y en sus intereses; no encontrando justicia cuando la demandan, ni amparo cuando lo solicitan.

Esto, en general; que particularmente el mal sube de punto.

Cuanto, por consejo de usted, aceptaron la amnistía, andan por aquí en situación angustiosa los unos, y los otros echando de menos los años de emigración.

Hay también muchos militares de todas graduaciones en situación de cuartel, en la escala de reserva ó retirados, por no haber podido soportar la inicua guerra que los gobiernos de la restauración les han hecho.

Existen no pocas viudas y muchos huérfanos para quienes la palabra patria va unida á las de tristeza, miseria y desamparo.

Abundan jóvenes con talento y ambición que se gastan en mezquinas luchas; inteligencias que se enmohecen por falta de acción; energías que se apagan por falta de movimiento.

La América está llena de españoles que han abandonado su patria después de esperar en vano años y años el triunfo de la República. Los cementerios están cuajados de hombres de fe y de convicciones que han muerto sin ver ese triunfo.

El dictado de republicano, en las capitales de provincias más que en Madrid, y en los pueblos más que en las capitales, cierra, como ya he dicho, todas las puertas.

El caciquismo acosa, persigue y arruina al que se llama republicano, sitiando por hambre al que no tiene una posición independiente, y perjudicando cuanto le es posible al que la tiene.

En las localidades pequeñas se necesita más valor para acudir á las urnas que para empuñar el fusil y echarse al campo.

La equidad en el reparto de los impuestos es un mito en esas localidades, y los republicanos son los que salen siempre peor librados.

Y siendo esto así, ¿qué es, ni qué significa, ni qué vale la patria para los que acabo de enumerar? ¿Está usted más emigrado en París que ellos en ella?

¿Es usted más extranjero en Francia que ellos en España?

Opaco es el sol que ve el emigrado y amargo el pan que come; mas ¡ay! que es más oscuro el sol de la patria cuando se contempla con los ojos de la miseria que todo lo tornan negro, y más amargo el no tener pan ninguno.

Ninguna dulzura iguala á la del lenguaje que aprendimos al cálido son de los besos maternos; pero cuando se habla ese lenguaje para pedir trabajo ó justicia, y se ve que nadie lo entiende, el más rudo de extraña tierra resulta suave y armonioso.

Cierto es que el hombre no se alimenta solo de pan, y que existen dolores morales que no calman todas las ventajas de la fortuna; pero ¿dónde hay dolores que equivalgan á los que sufre la viuda del proscrito que no puede alimentar á su hijo, al del huérfano que perdió á su padre en presidio, al del patriota que se ve precisado á cruzar sobre el pecho los inactivos brazos, cuando necesita trabajar para no morir?

Todos estos, no lo olvide usted, Sr. Zorrilla, son más extranjeros en su patria que usted en París, y todos sufren más que usted por la República, sin esperar mañana de ella lo que usted. ¿Dónde está, por lo tanto, el mérito excepcional de su emigración? Y no existiendo ese mérito ¿qué hace usted emigrado? ¿No sería más digno de usted venir á compartir con ellos alegrías y desdichas, sacrificios y riesgos? Esto sin contar con que su estancia en el extranjero para nada sirve ya á la causa republicana, mientras que su venida le podría servir de mucho, según le demostré en mi carta anterior.

En vista de esto y de que hay muchos españoles moralmente emigrados en su patria y en peores condiciones que V. en París, desoiga V. como hombre las sugestiones del amor propio, elévese como político sobre las que cree conveniencias de partido, ácese como republicano á más altura que los que por aquí nos agitanos, tenga un arranque valeroso como revolucionario, y véngase cuanto antes á correr con nosotros las aventuras que nos tengan reservadas las circunstancias.

Si hubiera usted estado en España cuando el conflicto de las Carolinas, ó después cuando la muerte del rey, quizás hubiera hecho lo que los demás jefes no se atrevieron á hacer. No pudo, por estar sentenciado á muerte, y nadie le culpa en atención á esto. Pero ¿cuán grande no sería su responsabilidad mañana, si sucesos iguales ó parecidos se repitieran, y tampoco se hiciese nada por falta de un hombre de autoridad y prestigio que tomase oportunamente la iniciativa!

Aun cuando no tuviese otras razones para dejar la emigración, ésta debiera decidirle á venir y en plazo breve. ¿Quién puede prever las contingencias que nos reserva el día de mañana?

De usted afectísimo seguro servidor

q. b. s. m.

JOSÉ NAKENS.

CANSANCIO

Lo voy sintiendo. Si llego á sospechar que tenía que insistir tanto para llevar á todos el convencimiento de que es preciso llegar á la unión con los jefes ó sin los jefes, á buen seguro que no me hubiera metido á hacer el quijote.

La verdad es una venerable señora, digna de todos los respetos, pero bastante fea; mientras que la

mentira, ¡oh la mentira es tan hermosa, tan encantadora!...

Hoy, que he visto la verdad, echo de menos el tiempo pasado; y á no ser porque no encajan en mis años ni en mi experiencia ciertas ideas, exclamaría con el poeta:

Y nunca olvido
el dulce tiempo que viví enañado,
que es único tiempo en que he vivido.

¿A qué este exordio? A preparar á mis lectores para darles una noticia. El presente será el último número que consagre entero á la campaña que vengo sosteniendo, á intervalos durante once años, y sin interrupción de catorce meses á esta parte. ¡Catorce meses! No duró tantos la República.

Y lanzada la noticia, voy á dar una breve explicación de mi conducta á los lectores que me han seguido hasta aquí.

Yo era revolucionario por convicción, pero no había conspirado nunca. Nadie me había buscado, y como tengo la idea de que para esas empresas no debe uno ofrecerse, como tampoco puede excusarse si lo solicitan, no me había ofrecido.

Buscaba un hombre: creí encontrarlo en el señor Zorrilla, y lo dije, le serví, lo elogí, y lo defendí. ¿Cómo? Que se lo pregunten á él, y sabrán que con más constancia y desinterés que nadie.

Una vez entendido con el Sr. Zorrilla, comencé á ver claro: ni iba á ninguna parte ni podía ir. Su resistencia á que el pueblo secundara los movimientos, y más que esto aún, la concesión de dos empleos á los jefes y oficiales del ejército, que retrajo á los de verdaderas convicciones republicanas, le imposibilitaban para toda acción importante.

Quedé anonadado; todas mis campañas en favor suyo se me venían encima; tenía que borrar lo escrito. Fue un golpe rudo aquel.

Sin embargo, continué trabajando. Si el jefe revolucionario no me satisfacía, los que lo secundaban sabrían suplir sus deficiencias. Pero ¡ay! que un nuevo desengaño me esperaba.

Alejado de los círculos políticos por tener que dedicar al trabajo más horas que la generalidad, jamás asistí á ningún club, ni pertenezco á ningún comité, ni hablé en ningún meeting. Enemigo de las exhibiciones, y bien hallado, por lo tanto, con el aislamiento, he hecho constantemente política propia, quizás algo romántica por dejarme llevar de mis impresiones sin tener para nada en cuenta la época en que vivimos ni el estado de postración en que estamos.

Confieso mi inocencia: oía hablar de los sacrificios de Fulano, y aun cuando ignoraba cuáles habían sido, los daba por realizados. Me encarecían el valor proverbial de Zutano, y aunque no sabía dónde lo había acreditado, me holgaba en reconocerlo. Algunas veces, al pensar que en los movimientos únicamente habían intervenido militares, me asaltaban ciertas dudas, mas pronto se desvanecían: quizás aquellos hombres estuvieron en mayor peligro del que se salvaron milagrosamente. Más tarde, cuando los conocí bien, pude comprender que no estuvieron en ninguna parte, á pesar de que cada uno, según su leal saber y entender, había sido el que ayudó á levantar el caballo del general Pierrard.

El día que el marqués de Santa Marta propuso la coalición, y me habló por vez primera, y comencé á intervenir en cuanto contribuyó á realizarla, y traté á los revolucionarios de oficio, y me penetré bien de lo que ocurría, comenzaron á rasgarse los

EL MOTIN



Nuestros muertos.

velos de mi virginal pureza. Seguí trabajando por la revolución, mas empecé á desconfiar de la mayoría de sus apóstoles.

La casualidad me colocó en situación apropiada para estudiar de cerca la marcha revolucionaria, y cada hora me traía una decepción nueva, me quitaba una consoladora esperanza. No era aquello lo que yo había soñado. El troquel, esto es, la idea, resultaba buena; el metal de la acuñación, esto es, los hombres, de baja ley.

Esto no me hizo, sin embargo, desistir de mi plan. Era preciso llegar hasta el fin; las revoluciones no se hacen con arzobispos, y hay ocasiones en que un hombre irregular vale por cien correctos. Y seguí adelante, hasta que me convencí de que con los hombres y los procedimientos puestos en juego no había medio de llegar. Los procedimientos eran primitivos, y los hombres tenían por lo general el defecto peor para conspirar: eran cándidos. No creían en los milagros, y realizaban uno de tal magnitud, que me río yo del de la multiplicación de los panes y los peces: un soldado representaba para ellos un regimiento; un teniente de reemplazo, una división; un brigadier de cuartel, el ejército entero.

Esto, más que cómico, era triste: entre aquellos hombres había algunos que creían de buena fe cuanto aseguraban; la costumbre, el medio en que vivían, la necesidad de que viniera la República, les impedía ver claro; infelices que juzgaban hacederos sus descabellados planes porque á su vez confiaban en otros que les hacían maravillosos ofrecimientos, y que se hubieran sacrificado inútilmente si dan con un hombre poco escrupuloso en lo de comprometer la libertad ó la vida de los demás.

Mas volvamos á la cuestión.

Mi situación era difícil. Estaba convencido de que por este camino era imposible llegar; pero, ¿qué hacer? ¿Callar, contribuyendo así á mantener engañado al partido republicano? Esto hubiera sido indigno de mí. ¿Hablar, para que muriesen muchas esperanzas, falsas, pero esperanzas al fin? Cerca de un año anduve perplejo, limitándome á hacer en El Motin veladas insinuaciones.

Mas lo que debía ser, fué. El paréntesis y la amnistia cayeron como una bomba entre los revolucionarios, y había que destruir el mal efecto que causaron.

¿Cómo? De la única manera decente: diciéndole la verdad y prescindiendo de la frase antihigiénica «la ropa sucia se lava en casa», ya que se había agotado la súplica, se había llevado la calma hasta lo inconcebible, y no se había desechado transacción ni perdonado medio para que los jefes se unieran.

Perdida toda esperanza; convencido de que ninguno de los jefes quería la revolución, por más que ninguno se atreviese á declararlo rotundamente; viendo que el tiempo pasaba sin aleccionarnos; observando en los de arriba miedo, en los de en medio egoísmo y en los de abajo candidez; persuadido de que en estas condiciones no era posible llegar, y si por azar llegáramos no podríamos sostenernos, me dije: «A echar abajo este andamiaje de maderos podridos, desde el cual nada firme ni duradero puede construirse. El pueblo está cansado ya de sufrir decepciones y de servir de juguete, hoy á éste y mañana á aquél.» Y como lo pensé lo hice.

Esto me ha traído disgustos sin cuento. El papel de redentor sigue teniendo, si no materialmente, moralmente al menos, las mismas quiebras que cuando había que arrancar las caretas á los fariseos y los publicanos.

Al comenzar me secundaron muchos periódicos; hoy estoy casi solo. Todos quieren la unión, pero en la forma y modo que la quiera su jefe respectivo, y cuando éste ordene que se haga.

Ningún colega ha opuesto razones á las que yo he dado; algunos han penetrado en mis intenciones. He replicado cortésmente al que ha sido cortés conmigo: he excedido en dureza al que conmigo ha estado duro.

No lamento el tiempo perdido en esta labor, que quizás no resulte del todo estéril. Lo único que siento es no haber conseguido lo que me propuse: la unión de los jefes, y la vuelta del Sr. Zorrilla á España, hoy más necesaria que nunca si hemos de llegar á una inteligencia franca, leal y fructífera.

Los que al leer las anteriores líneas supusieran que estoy completamente descorazonado, se equivocarían de medio á medio. A pesar de cuanto he dicho y cuanto me ha ocurrido, yo veo, y veo aun, fuerzas poderosas que lanzar contra la monarquía, sino las anularan el egoísmo, la ambición y la envidia; si, á pretexto de velar por la pureza de los principios, no se negaran los hombres que están en lo alto á todo patriótico concierto; si hubiera menos aspirantes á personaje, y más desinterés y más abnegación.

El día que cualquier suceso inesperado pusiera sobre el tapete la cuestión de fuerza, se vería si hay ó no hombres dispuestos á sacrificarlo todo por la República. No serían de esos que vociferan, sino de los que callan; no de los que bullen, sino de los que están un tanto apartados de la política activa, llorando los males de la patria y lamentando la desunión que nos hace impotentes para remediarlos.

Resumiendo.

Desde el próximo número secundaré la oposición de rúbrica que hacen á la monarquía los demás periódicos republicanos, á pesar del convencimiento que tengo de que yo la combatía mejor procurando la unión revolucionaria.

Si la unión se hace, la defenderé con la constancia que he atacado á los que se oponen á ella, siempre que sea para trabajar por la revolución, pues no siendo para esto, la combatiré sin tregua.

Si no se hiciese en el breve plazo que la voluntad del pueblo exige, y alguien levantara bandera en su favor, me pondré á sus órdenes desde luego.

Y como no abandono mi campaña, sino que abro en ella un semi-paréntesis, claro es que me reservo el derecho de seguir juzgando la conducta de los jefes y de las fracciones en la medida y forma que las circunstancias requieran.

Doy las gracias á los que me han seguido hasta aquí; no borro una palabra de cuanto he escrito, pero me propino algún descanso para poder apretar de firme después, si preciso fuere.

Excuso añadir que me alegraría no hacerlo, tanto como de que los hechos desmintiesen en absoluto los vaticinios tristes que el respeto que debo á la verdad me ha obligado á hacer. Lo he dicho antes de ahora: estoy deseando que se me convenza de que no tengo razón.

DIMISION INEXPLICABLE

¿Que Bosch ha dimitido?

Mal hecho. Cuando se administran los intereses de un pueblo tan sufrido como el de Madrid, que no ha tenido un arranque para imponer al gobierno su destitución, el pudor y la dignidad no deben regular las acciones; esto suponiendo que Bosch tenga de esas palabras la misma idea que el resto de los mortales.

Bosch es el lugarteniente de Romero Robledo, y éste la encarnación perfecta de los vicios de la restauración. ¿Por qué dimitir su cargo mientras no hubiera de por medio mas que simples cuestiones de dignidad?

Los conservadores sin Romero Robledo son cuerpo sin alma. Han hecho mal, por lo tanto, los que lo han combatido por tabla atacando á Bosch.

Romero representa la corrupción de los conservadores, cuando se rodea de todos los condottieri de la política; su espíritu sanguinario, cuando prepara sucesos como los de la calle de la Fresa; su miedo, cuando abandona su puesto ante el cólera; su excepticismo, cuando se alía con la izquierda; su falta de sentido moral político, cuando vuelve con Cánovas á condición de ser ministro de Ultramar. Lo que representa desde que ocupa ese puesto, dígalos el estado actual de la isla de Cuba.

Cuando quiera pintarse fielmente el período de inmoralidades que se llama restauración, bastará con escribir imparcialmente la biografía de Romero Robledo. El la compendia y la resume. Por eso Cánovas no se ha atrevido con Bosch, hechura de Romero y más excéptico y desahogado que él; y por eso Bosch ha hecho mal en presentar la dimisión. Mientras contara con Romero, encarnación viva de los vicios de la restauración, podía haberse reído de todos.

EN PUNTO

Motín en Madrid con rotura de faroles, quema de tablados y gritos que regocijan el espíritu.

Idem de lienzo en Granada, con quema de artefactos también, entre ellos la tribuna regia; voces que rejuvenecen á los que las dimos el 73; vivas y mueras significativos; cargas de caballería de las que resultaron heridos y contusos.

Sablazos al público que aguardaba á que comenzase la sesión á los alrededores de la casa ayuntamiento de Almería, resultando bastantes heridos y contusos; silba al alcalde conservador y concejales adyacentes.

En Cáceres mueras al alcalde, pedradas á las panaderías, saqueada la tienda asilo, negativa de las vendedoras ambulantes á pagar el impuesto, heridos...

Esto se anima. Desde los últimos tiempos de los conservadores no habíamos disfrutado de tan consoladores espectáculos.

Un poquito de buena voluntad, señores jefes republicanos, y á unirse pronto para que no sea Sagasta quien se aproveche de los desaciertos de los conservadores, como la otra vez.

Al pueblo le pide el cuerpo un poquito de jaleo, y hay que procurar complacerle, so pena de enojarse.

Venga cuanto antes el Sr. Zorrilla, entiéndanse todos, y lo demás les será dado por añadidura.

La cosa se va poniendo en punto de caramelo; pero si no hacemos más que combatir á los conservadores, vamos á trabajar para Sagasta.

A la unión, pues, que este es el momento.

NUESTROS MUERTOS

Cayeron en Santo Domingo de la Calzada, ante los muros de Girona y en Orbaiceta.

El que sienta desmayar su fe revolucionaria, que piense en ellos.

PALOS Y PEDRADAS

La deuda flotante contraída en el ejercicio corriente, del que sólo van transcurridos cuatro meses, asciende á 27.636.000 pesetas.

45.650.000 francos y

174.000 libras esterlinas.

Afortunadamente, el eco de esa noticia se pierde entre los de la Marcha Real que tanto suena esta temporada, y no produce efecto.

Desde el 12 al 31 de Octubre próximo pasado, la renta de consumos, comparada con la de iguales días del año anterior, ofrece una baja de ciento sesenta mil pesetas.

Niéguese ahora que al abandonar la alcaldía de Madrid el Sr. Bosch no deja un gran vacío.

Pueden quedar inmóviles las esferas; puede el agua del río atrás volver. Si ha dimitido Bosch y Fustegueras, ¿qué imposible en el mundo puede haber?

ADVERTENCIA

Los suscriptores que se entiendan directamente con esta administración, además del derecho á recibir gratis el Almanaque todos los años, tendrán éstos:

El de trimestre recibirá gratis, á elegir, cualquiera de los libros de 4 PESETA de nuestra Biblioteca.

El de semestre, cualquiera de los de DOS PESETAS, ó dos de UNA.

Y el de año, un valor en libros equivalente á CUATRO PESETAS.

Este derecho se concedió desde 1.º del año actual á todos los que fueran ya suscriptores, ó que después lo hayan sido. Para utilizarlo es condición indispensable pagar por adelantado.

Cuando alguno desee adquirir un libro cuyo importe exceda del valor á que su suscripción le da derecho, debe enviar la cantidad que falte hasta el completo de su importe.

BIBLIOGRAFÍA

Política recreativa. Pláticas políticas, por Juan Valero de Tornos. Precio una peseta.

Escrita con la gracia y frescura propias del estilo del autor, esta primera plática forma un tomito elegantemente impreso, cuya lectura hace desear que tales pláticas continúen, pues verdaderamente resultarán sabrosas.

El reputado y laboriosísimo escritor administrativo D. Eusebio Freixa y Rabasó, acaba de poner á la venta en las principales librerías de Madrid y de provincias las obras siguientes:

	Pesetas.
Manual del Timbre del Estado, 6.ª edición y 2.ª de Octubre último, anotada, concordada y comentada.....	2
Derechos reales: novísima legislación de su impuesto, anotada y comentada.....	1 50
Manual del servicio de Inspección é Investigación de la Hacienda pública.....	1
Impuesto de cédulas personales.....	1

Diríjanse los pedidos, acompañados de su importe á su autor, calle de Mesón de Paredes, 13, 2.º—Madrid.

ALMANAQUE DE «EL MOTIN»

PARA 1893

Lo hemos puesto á la venta. Cubierta y doce láminas al cromo. Doscientas páginas. Texto escogido en prosa y verso.

UNA PESETA

A los suscriptores se les ha enviado gratis.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.